

A la atención del Sr. D. Juan Manuel de Prada  
Columnista de El Semanal

Estimado D. Juan Manuel:

Permítame presentarme. Soy José María Erroteta, 72 años, bilbaíno de profesión y, por vocación, médico psiquiatra y psicoanalista titular con función didáctica de la Asociación Psicoanalítica de Madrid, en la cual soy actualmente director de su Instituto de formación.

No pertenezco a ese club de *las tres o cuatro lectoras que todavía le soportan*, puesto que soy varón y además no suelo tener que soportarle y sí agradecerle con frecuencia que me ayude a pensar sobre muchos y variados temas. Quiero anticiparle que tiene toda mi simpatía por su actitud beligerante con tirios y troyanos cuando se trata de defender el pensamiento auténtico y no el que se nos dicta desde cualquier poder fáctico. Ya el hecho de presentarse como cristiano convencido y defensor de la fe, es, en los tiempos que corren, valiente... o suicida (y yo apuesto por la primera posibilidad).

Todo este preámbulo me resulta necesario para que sepa que no pretendo realizar una crítica destructiva, a pesar de que esta vez haya parido «En la selva freudiana», un artículo, a mi juicio, demasiado superficial, tendencioso y contemporizador con el actual pensamiento políticamente correcto, desde el cual, cualquier alusión despectiva y denigratoria hacia el psicoanálisis siempre es bien recibida y festejada. Realmente me ha sorprendido su alineación en esas filas... ¿No le da qué pensar cuánto se alienta este acoso y derribo desde el poder médico ferozmente biologicista o desde el de las enormes compañías farmacéuticas?

Voy al grano.

Para comenzar, al ser humano no le es posible retornar a la selva una vez que salió de ella. El homínido, sujeto a la ley natural, advino a ser anthropos, sujeto a la cultura humana y ese camino no tiene retorno. La ley natural funciona siempre y rige al reino animal sin objeciones. La ley de la cultura funciona a veces y, por supuesto, puede corromperse, pervertirse y todos los etcéteras que queramos añadir. No insultemos a nuestros parientes primates (no tan lejanos), adjudicándoles un caos que solo nos pertenece a los humanos. No hay una selva freudiana.

Entre los seres humanos, la culpa es constitutiva y tan solo un (afortunadamente) pequeño grupo escapa a ella: son los psicópatas, capaces de llevar a cabo cualquier desmán criminal sin sentir un ápice de remordimiento. Ellos están imbuidos de un sentimiento tal de superioridad y desprecio sobre los demás, que pueden incluso disfrutar con el daño ajeno. El resto del colectivo humano vivimos perpetuamente en culpa... Pero no siempre y no todos con la misma categoría de culpa.

Trataré de explicarme...

En los albores de nuestro funcionamiento mental, cuando somos criaturas desvalidas, percibimos a nuestra fuente de cuidados (quien ejerce la función maternal) con un esquema muy simple que se basa en el «principio del placer»: es buena si nos aporta satisfacción y mala si nos frustra. La amamos si es buena y la odiamos si nos resulta obstaculizadora... pero, para complicar más los resultados, proyectamos en ella estos sentimientos propios, de manera que nos consideramos amados u odiados por ella. Es decir, que la que debiera ser nuestra primera culpa (por el odio) queda oculta para nosotros y simplemente nos sentimos perseguidos por aquel rencor que hemos ubicado en el afuera. Esta es la «culpa persecutoria», totalmente inconsciente y vivida siempre con la angustia de estar en peligro de ser dañados por los demás. Funciona arcaicamente bajo el principio de Talión y resulta extremadamente cruel. Esta es la culpa que Freud señala que debe ser hecha consciente y desactivada, puesto que no produce ningún desarrollo humano y sí abundantes calamidades en las interrelaciones con los demás (por la subyacente estructura paranoide de personalidad).

Cuando la crianza es suficientemente saludable, el crecimiento natural del niño alcanza a comprender que no existen dos madres (una buena y otra mala)

sino una sola madre, que muy frecuentemente funciona bien, aunque a veces falle... Pudiendo ya hacerse cargo de sus sentimientos de amor y odio (por maduración cerebral), cae en la cuenta de que él ha odiado a la madre, a la que generalmente ama y de la que tanto depende. Entonces, pudiendo basarse ya en el «principio de realidad» comienza a sentirse culpable de una manera diferente: siente dolor por el daño que ha podido causar y se esfuerza en buscar la manera de repararlo. Es la «culpa reparatoria», señal de una buena evolución interna y absolutamente necesaria para el desarrollo humano y la vida en común. Jamás Freud ni el psicoanálisis han pretendido eliminar esta culpa, antes bien, cualquier auténtico psicoanalista (aquí los silvestres son legión), dedica muchas horas de su trabajo a acompañar a sus pacientes para que alcancen esa capacidad de asumir la responsabilidad de sus afectos hostiles y de reparar las consecuencias. Aunque le asombre, el psicoanálisis es intrínsecamente ético en su cometido y en los fines que persigue.

Señor de Prada, si estoy ocupando mi tiempo en intentar aportarle algunos datos que ayuden a corregir su errónea comprensión de la culpa desde la perspectiva psicoanalítica, es porque creo que usted también tiene una tarea que realizar... Sé a ciencia cierta que no es un psicópata y no creo equivocarme al suponer que tampoco vive bajo el dictado de la persecución. Si, como creo, es usted capaz de sentir dolor por las consecuencias de sus actos, tenga en cuenta que su columna de El Semanal es una fuente de difusión de cultura y llega a un público no forzosamente capaz de discriminar algunos conceptos complejos. Personalmente le considero responsable de haber hecho un daño al buen hacer de muchos profesionales honestos y, eventualmente, de confundir a un número indeterminado de personas, sean o no pacientes en tratamiento.

Ahí le quiero ver, D. Juan Manuel, tratando de reparar lo que, por una lectura errónea o la excesiva confianza en fuentes tendenciosas (no le supongo en absoluto mala fe), produce efectos dañinos en quienes debieran ser iluminados con el conocimiento y no aturdidos por la confusión.

Tiene toda mi solidaridad en su tarea y le ruego acepte mi afecto sincero.

José M<sup>a</sup> Erroteta  
(14896787D)

PD/ En un par de meses saldrá a la luz un libro que he escrito junto a mi mujer: «El camino humano» (Psimática editorial). Es precisamente un intento de divulgación de nuestra mirada de psicoanalistas sobre el recorrido vital humano, escrito con palabras llanas y asequibles a un público no experto en la materia. Además de que sería un honor para mí que le interesara el texto, le convoco a que encuentre una sola línea en donde la ética humana no sea nuestro norte...